XVI

Hacía ya quince días que Alberto había depositado la amorosa epístola sobre la mesa de Teodoro, y á pesar de esto en nada parecían haber cambiado las maneras de éste.

Alberto no sabía á qué atribuir su silencio.

Hubiérase dicho que Teodoro no tenía conocimiento de aquella carta, y el amante de Rosita creyó que habría sido devuelta ó perdida.

Pero esto era muy difícil de explicar, puesto que Teodoro habría entrado poco después en su cuarto y hubiese sido muy raro que no advirtiera que sobre la mesa, completamente libre de otros objetos,

había una gran carta, bastante abultada para llamar la atención hasta de la persona más distraída.

¿Era acaso Teodoro realmente un hombre y no una mujer, como Alberto había creído?

En el caso de que efectivamente fuese mujer, ¿tenía ella respecto á él un sentimiento de aversión tan pronunciado? ¿le despreciaba de tal modo que no quería tomarse la pena de contestarle?

El pobre joven, que no tenía como nosotros la ventaja de conocer la correspondencia de Graciosa, la confidente de la hermosa Maupín, no estaba en el caso de decidir afirmativa ó negativamente ninguna de estas importantes cuestiones, y no sabía qué pensar ni qué resolver.

Una noche estaba en su habitación con la frente melancólicamente apoyada en los cristales de su ventana, mirando sin verlos, los árboles del parque que iban perdiendo poco á poco sus hojas.

Un vapor espeso bañaba el horizonte, descendía la noche y las sombras hacía ya rato que envolvían las copas de los árboles.

Alberto soñaba tan melancólicamente como puede soñar al cerrar la noche de un día de otoño, un hombre desilusionado y bajo la impresión de la tristeza del paisaje que á su vista se ofrecía.

Buscaba en su pensamiento el medio que elegiría para abandonar la existencia, y al pensar en arrojarse al río le parecía que el agua estaba muy obscura y muy fría; trataba de levantarse la tapa de los sesos, pero no tenía pistola ni pólvora; buscaba el suicidio bajo otra forma, como era la de buscarse

dos ó tres queridas, y tampoco encontraba que era eficaz este remedio, hasta que finalmente se le ocurrió la peor de todas las soluciones, que era la de escribir una segunda carta.

En esto estaba de su meditación, cuando sintió que se posaba sobre su hombro una mano adherida á un brazo, unido á un hombro que formaba parte de un cuerpo, cuyo cuerpo no era otro que el de Teodoro-Rosalinda, la señorita de Aubigny ó Magdalena de Maupín para llamarla por su verdadero nombre.

Ni tú, lector, ni yo podemos sorprendernos por esto porque ya estábamos prevenidos, pero Alberto, que por ningún estilo podía esperarlo, lanzó un pequeño grito de sorpresa.

Era Rosalinda, tan hermosa y tan radiante, que iluminaba toda la estancia.

Llevaba los mismos collares de perlas entre los cabellos, su traje completo tal como le llevó en la representación de aquella obra que Alberto había descrito á su amigo Silvio.

Unicamente, como diferencia importante y decisiva, no llevaba ni gorguera ni blondas, ni nada que robase á las miradas aquellos dos hermanos encantadores y enemigos, que sólo parecen desear que con ellos se reconcilie.

Un pecho enteramente desnudo, blanco, transparente, como un mármol antiguo del corte más puro y más delicado, salía atrevidamente fuera del corsé, y parecía que estaba desafiando á los besos más apasionados.

Este era un espectáculo bastante tranquilizador para Alberto, que se dejó arrastrar con toda confianza por sus ardientes emociones.

—Vamos, Orlando, ¿es que no reconocéis á vuestra Rosalinda,—dijo la dama con la más encantadora sonrisa,—ó es que habéis dejado vuestro amor colgado con vuestros sonetos en los árboles del bosque de las Ardenas? ¿Habéis curado ya del mal para el que me habíais pedido un remedio con tanta insistencia?

—¡Oh! no, Rosalinda, estoy más enfermo que nunca. Agonizo, estoy muerto ó poco me falta.

—Pues no tenéis mal aspecto para un muerto, y muchos vivos no tienen tan buena cara.

—¡Qué días he pasado, Rosalinda! no os lo podéis figurar. Pero decidme, ¿por qué no me habéis respondido antes?

—¿Por qué? no lo sé, á menos que no haya sido por lo que veis. Si este motivo no os parece suficiente, voy á deciros otros tres y vos eligiréis. El primero porque, arrastrado por vuestra pasión, olvidasteis escribir de un modo legible y he necesitado ocho días para adivinar lo que decíais en vuestra carta. El segundo, porque mi pudor necesitaba todo ese tiempo para acostumbrarse á la idea de tomar por amante á un poeta ditirambico, y el tercero, porque me hubiera gustado ver si seríais capaz de levantaros la tapa de los sesos, si os envenenaríais ó si os ahorcarías en cualquier árbol del parque. Ya tenéis explicadas las tres razones.

—Pues yo os aseguro que habéis hecho muy bien

en venir esta noche, porque quizás no me habríais encontrado mañana.

—¿De veras? pobre joven. No toméis ese aire tan desolado, porque yo me enterneceré también. Y si yo dejo rienda suelta á mi sensibilidad, quedaréis sumergido, os lo advierto. Hace poco os he dado tres malas razones, pero en cambio ahora os ofrezco tres buenos besos, aceptadlos á condición que olvidaréis los primeros por los segundos. Me parece que bien os debo esto y algo más.

Y al decir esto la hermosa se aproximó á Alberto y enlazó su cuello con sus desnudos brazos.

El joven la besó ardientemente en las mejillas y en la boca, y este último beso, que duró más tiempo que los otros, sabe Dios por cuántos hubiera podido contarse.

Rosalida comprendió que todo lo que había hecho hasta entonces no pasaban de ser niñerías, y su deuda pagada se sentó sobre las rodillas de Alberto, y le dijo:

—Todas mis crueldades se han extinguido, amigo mio, he querido pasar estos quince días por satisfacer cierto refinamiento de maldad, para veros sufrir, pero también debo deciros que se me han hecho sumamente largos. No os envanezcáis por esta franqueza que tengo con vos. Me entrego en vuestras manos, ahora podéis vengaros de mis rigores pasados. Si fuérais un tonto no os hubiera dicho nada, porque yo no quiero á los tontos. Habría podido, como otras mujeres, entreteneros largo tiempo é ir dándoos en detalle lo que he venido á

concederos libremente y de una vez. No os pido ni juramento de amor eterno ni protestas exageradas. Amadme tanto tiempo como queráis, que yo haré lo mismo por mi parte, con la seguridad de que no he de llamaros pérfido ni miserable cuando ya no me améis. De igual manera vos podrèis omitir todos estos títulos odiosos cuando yo os abandone. No seré más ni menos que una mujer que habrá cesado de amaros y no es necesario odiarse toda la vida un hombre y una mujer porque se hayan acostado juntos una noche ó dos. Suceda lo que quiera, yo os juro, y esta es una promesa en que se puede creer, que guardaré siempre un recuerdo encantador de vos, y si no soy vuestra querida serè vuestra amiga como he sido vuestro camarada. Por vos abandono esta noche mi traje de hombre que recogeré mañana para todos. Sabed que no soy Rosalinda más que por la noche y que durante el día no seré ni quiero ser sino Teodoro de Serannes y...

Y la frase que ella iba á pronunciar se extinguió en un beso, al cual se sucedieron muchos que ya no se podían contar y de los cuales no hacemos catálogo exacto porque sería un poco largo, y un poco y un mucho inmoral, para ciertas gentes, que para nosotros no encontramos nada más moral y más sagrado bajo el cielo que las caricias del hombre y de la mujer cuando los dos son jóvenes y hermosos.

Como las instancias de Alberto eran cada vez más tiernas y más vivas, en vez de resplandecer de felicidad el bello rostro de Teodoro, tomó una expresión de fiera melancolía que no dejó de causar alguna inquietud á su amante.

—¿Por qué, soberana de mi alma,—la dijo éste, —tomáis ese aire casto y severo de una Diana antigua, cuando yo querría mejor los labios sonrientes de Venus saliendo del mar?

—Escuchad, Alberto, es que yo me parezco más á Diana cazadora que á ninguna otra. Tomé desde muy joven este traje de hombre por razones que sería muy largo é inútil de contaros. Vos solo adivinasteis mi sexo, y si hice algunas conquistas no han sido sino de mujeres, conquistas superfluas y que en más de una ocasión me han puesto en un grave aprieto. En una palabra, aunque esto parezca una cosa increíble y ridícula, soy virgen, virgen como la nieve del Ymalaya, como la luna antes de unirse con Endymion, y por lo tanto que voy á hacer algo que ya no ha de poderse remediar. Es una metamorfosis, una transformación completa la que voy á sufrir. Voy á dejar de ser la joven casta y pura para convertirme en mujer; lo que hasta ahora poseía ya no podré darlo mañana, voy á aprender algo que no he sabido hasta ahora, y en el libro de mi vida voy á escribir la página más importante. Aquí tenéis, amigo mío, la razón de mi tristeza; vos no tenéis la culpa de ella.

Y al decir esto separó con sus manos los cabellos del joven y sobre su pálida frente puso sus labios.

Alberto le cogió las manos, las besó apasionadamente, rompió después las cintas de su traje, se abrió el corsé, y los dos blancos tesoros aparecieron en todo su esplendor.

Rosalinda le dejaba hacer con una complacencia inexplicable y trataba de devolverle sus caricias lo más exactamente posible.

—Vos debéis encontrarme muy torpe y muy fría, mi pobre Alberto,—decía,—pero yo no sé cómo se hacen estas cosas; mucho tenéis que hacer para instruirme y realmente os encargo de una ocupación muy penosa.

Alberto comprendió que en situaciones semejantes vale más obrar que hablar, y estrechándola entre sus brazos con ardiente pasión, cubrió de besos sus hombros y su pecho desnudos.

Desatóse la sedosa cabellera de la joven y toda la ropa cayó á sus pies como por encanto.

Quedó de pie como una blanca aparición, con una ligera camisa de la tela más transparente. El dichoso amante se arrodilló, y echó bien pronto las dos zapatillas una á cada extremo rincón, donde las medias caladas las siguieron en seguida.

La camisa, dotada de un dichoso espíritu de imitación, no se quedó atrás; deslizóse primero de los hombros sin que se pensara en retenerla, después, aprovechando un momento en que los brazos estaban perpendiculares, salió de ellos y rodó hasta las caderas, cuyo contorno ondulante la medio detuvo. Advirtió Rosalinda entonces la perfidia de su último vestido, y alzó un poco la rodilla para impedir que le cayera del todo.

En esta actitud se asemejaba perfectamente á esas estatuas de mármol de diosas, cuya ropa inteligente, molesta por cubrir tantos encantos, envuelve con sentimiento los muslos, y, por una afortunada traición, se detiene precisamente debajo de aquello que debiera ocultar.

Pero como la camisa no era de mármol y sus

pliegues no la sostenían, continuó su triunfal descenso y fué á caer sobre la otra ropa, replegándose al rededor de los pies de su dueña, como un hermoso lebrel blanco.

Había un medio sencillísimo de impedir todo ese desorden, y era el de retener á la fugitiva con la mano; pero esta idea tan natural no se le ocurrió á nuestra púdica heroina.

Quedó pues sin un velo, formándole sus vestidos en el suelo, una especie de zócalo, en todo el resplandor diáfano de su bella desnudez, á los suaves rayos de una lámpara que Alberto había encendido.

El joven, deslumbrado, la miraba con embriaguez.

—Tengo frío,—dijo Rosalinda llevándose las manos detrás del cuello.

—¡Oh, por favor, un minuto más!

La joven apartó los brazos de la posición en que habían quedado, y apoyó la punta de los dedos en el respaldo del sillón y permaneció inmóvil; ligeramente encorvada, hacía resaltar toda la riqueza de la línea ondulante; no parecía estar violenta, y el imperceptible rosado de sus mejillas, no se había acentuado en nada; únicamente el latido algo precipitado de su corazón hacía retemblar el contorno de su seno izquierdo.

El joven entusiasta de la belleza no podía saciar sus ojos ante aquel espectáculo; y debemos decir, con elogio merecido de Rosalinda, que esta vez la realidad fué superior al sueño del artista que no experimentó la más ligera decepción.

Todo se hallaba reunido en aquel hermoso cuerpo que tenía ante él: delicadeza y fuerza, forma y color, las líneas de una estatua griega de la mejor época y el tono de un Tiziano. Contemplaba, palpable y cristalizada, la nubulosa quimera, que tantas veces había intentado en vano detener en su vuelo, y no se veía obligado, como amargamente se había quejado á Silvio, á circunscribir sus miradas á una cierta porción bastante bien hecha, sin traspasarla, bajo pena de ver algo espantoso; y sus ojos amorosos descendían de la cabeza á los pies y subían de los pies á la cabeza, acariciados siempre suavemente por una forma harmoniosa y correcta.

Las rodillas eran admirablemente puras, los tobillos elegantes y finos, las piernas y los muslos de un contorno gallardo y soberbio, el vientre lustroso como una ágata, las caderas flexibles y potentes, el pecho capaz de hacer bajar á los dioses de los cielos para besarlo, los brazos y los hombros del carácter más magnífico; un torrente de hermosos cabellos negros, ligeramente escrespados, como se ve en las cabezas de los antiguos maestros, descendía en pequeñas ondas á lo largo de una espalda de marfil, de la cual realzaba maravillosamente la blancura.

Satisfecho el pintor, tomó el amante su vez, porque cualquiera que sea el entusiasmo que por el arte se sienta, hay cosas que no es posible contentarse con mirarlas.

Cogió pues á la bella entre sus brazos y la llevó á la cama, donde en un cerrar de ojos quedó desnudo él también, lanzándose á su lado.

La niña se estrechó contra él enlazándolo, pues sus dos senos estaban tan fríos como la nieve, de la cual tenían el color.

Aquel frío de la piel hacía arder á Alberto más aún y lo excitaba hasta el más alto grado. No tardó la bella en hallarse tan ardiente como él, al recibir las más locas y más apasionadas caricias de su amante.

Multiplicaba los besos en el pecho, en los hombros, en el cuello, en la boca, en los brazos, en los pies; hubiese querido con un solo beso cubrir todo aquel lindo cuerpo, que casi se fundía con el suyo, hasta tal punto era apretado el abrazo. Ante aquella profusión de deliciosos tesoros, no sabía á cuál preferir.

Como sus besos no terminaban, los labios perfumados de Rosalinda acabaron por no formar más que una sola boca con la de Alberto; sus pechos se dilataban, sus ojos se cerraban á medias; sus brazos desfallecidos de voluptuosidad, ya no tenían fuerza para estrechar.

El divino momento se aproximaba... un último obstáculo fuè vencido, un espasmo supremo agitó convulsivamente á los dos amantes... y la curiosa Rosalinda vió esclarecido, en lo posible, aquel punto obscuro que tanto la inquietaba.

Pero entre tanto, como una sola lección, por inteligente que se sea, no puede bastar, Alberto tuvo que darle una segunda, después una tercera...

Por consideración al lector, á quien no queremos humillar ni desesperar, cortaremos aquí nuestra relación...

Nuestra bella lectora tendría algo que recriminar á su amante si nosotros le revelásemos la cifra formidable á que subió el amor de Alberto estimulado por la curiosidad de Rosalinda.

Que se acuerde, la feliz lectora, de la mejor empleada y más hermosa de sus noches, de aquella noche en que... de aquella noche de que se acordaría más de cien mil días, si mucho antes no hubiese muerto.

Rosalinda tenía prodigiosas disposiciones, y en una sola noche hizo progresos enormes.

La inocencia del cuerpo que se asombraba de todo, y la malicia del espíritu que no se asombraba de nada, formaban el más picante y adorable contraste.

Alberto estaba ebrio, loco, transportado, y hubiera querido que aquella noche hubiese durado cuarenta y ocho horas, al igual que en la que fué concebido Hércules.

No obstante hacia la mañana, á pesar de una infinidad de besos, de caricias las más amorosas del mundo y hechas con arte para tenerse despierto, después de un esfuerzo sobre humano, se vió obligado á tomar algún reposo.

Un dulce y voluptuoso sueño le tocó los ojos con la punta del ala, su cabeza se sumergió, y quedó dormido entre los dos pechos de su amante. Esta le contempló por algunos minutos con un aire melancólico y de profunda reflexión; después, como ya el alba enviaba sus rayos blanquecinos á través de las cortinas, levantóse con suavidad, depositó la cabeza de Alberto á un lado, irguióse y pasó ligeramente sobre su cuerpo.

Cogió sus vestidos y se los puso rápidamente, después volvió á la cama, se inclinó sobre Alberto, que seguía durmiendo, y le besó los ojos sobre las pestañas sedosas y largas.

Procurando no despertar á su amante, abandonó la estancia, pero en lugar de dirigirse á su habitación entró en la de Rosita.

Lo que ella dijo y lo que ella hizo, yo no lo he sabido jamás por más investigaciones que hice. No he encontrado ni en los papeles de Graciosa ni en los de Silvio, nada que tenga relación con esta visita. Unicamente una camarera de Rosa me refirió esta circunstancia especial: que á pesar de que su dueña no se había acostado aquella noche con sn amante, el lecho estaba revuelto y se veían las señales de dos cuerpos, y que además encontró en él dos perlas muy semejantes á las que Teodoro llevaba en sus cabellos al hacer el papel de Rosalinda.

Yo dejo á la sagacidad del lector en completa libertad de hacer las deducciones que quiera, pues por mi parte he formado mil conjeturas disparatadas, en su mayoría, en términos que no me atrevo á escribirlas, ni aún en el estilo más honestamente perifraseado.

Cerca de medio día era ya, cuando Teodoro abandonó la cámara de Rosita, no mostrándose ni á la hora de comer ni á la de cenar.

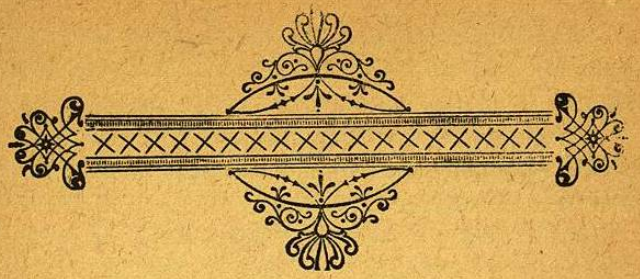
Lo mismo Alberto que Rosa, no experimentaron sorpresa alguna.

Teodoro, á la mañana siguiente al amanecer, sin prevenir á nadie, ensilló su caballo y el de su paje

y salió del castillo, diciendo á un lacayo que no le esperasen á comer y que no regresaría hasta dentro de algunos días.

Rosa y Alberto se sorprendieron, no sabiendo á que atribuir aquella extraña desaparición; Alberto sobre todo, que por las proezas de su primera noche creía haber merecido una segunda.

Al terminar la semana, recibió una carta de Teodoro, que vamos á trascribir aún cuando tengo mis temores de que no satisfaga ni á mis lectores ni á mis lectoras, pero la carta estaba así y esta novela no tendrá otra conclusión.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI

He aquí la carta:

«Sin duda estaréis sorprendido, querido Alberto, por lo que hice después de lo que había hecho.

«Os lo permito porque verdaderamente hay razón para ello.

«Apostemos á que me habéis dado ya lo menos veinte de aquellos epítetos que convinimos borrar de nuestro vocabulario, como pérfida, inconstante, etc., etc.; ¿no es verdad?

«Por lo menos no podréis llamarme cruel ó virtuosa y siempre habéis ganado esto.